

XIX

Recordarán ustedes, amables lectores, que en una de las primeras páginas de este libro les hablé de una especie de dinastía de Calcaños que hay en Venezuela, todos con aficiones literarias, y todos profanadores y estropeadores de la poesía.

Como que todos son académicos.

Ya conocieron ustedes á un Calcaño que se llama Julio, ¿verdad? Pues ahora conocerán ustedes á otro Calcaño que se llama José Antonio.

El cual es autor de una composición titulada *Gota de rocío*, dedicada á la Srta. Luisa Herrera, y bastante mala, por supuesto.

Empieza el académico vate diciendo á la dedicataria:

«Óyeme, Luisa...»

Bueno, por mí que le oiga á usted, aunque no sacará sustancia de lo que usted la diga, regularmente.

Y ¿sabe usted por qué? Por que de donde no hay no se puede sacar nada.

Puede usted continuar, si gusta:

«Óyeme, Luisa: Yo de la vida...»

¡Buen principio! Es decir, malo... Porque eso de que en el primer verso ya sean asonantes los dos hemistiquios, es una manera de empezar muy desgraciada.

Veamos qué más dice:

«Óyeme, Luisa: Yo de la vida
Los más ocultos misterios sé...»

Lo cual no es poesía; pero sobre no ser poesía, no es verdad tampoco.

¿Qué va usted á saber los más ocultos misterios de la vida?

¡Conque no los sabe nadie, y los va á saber usted, que es un académico de tres al cuarto!

Y que no los sabe nadie esos más ocultos misterios de la vida, es cosa evidente... Como que si los supiera alguno, ya no serían ocultos ni misterios.

¡Si estos Calcaños!

Pero concluyamos el cuarteto.

«Óyeme, Luisa: Yo de la vida
Los más ocultos misterios sé:
Todas sus sendas, la más florida,
La más agreste, las transité.»

Tampoco esto es verdad... (ni poesía, por supuesto). ¿Cómo ha de haber transitado todas las sendas de la vida? ¿Y cómo sabe usted si es la más florida la que usted ha transitado? ¿Ha sido usted acaso Presidente del Consejo de Ministros como nuestro Sagasta?... Y aunque lo fuera.

Todavía no es esa la senda más florida; porque si se compara con la de Grilo...

Adelante:

«Yo desde niño supe el lenguaje
De cuanto tiene voz y rumor...»

Lo que debió usted de saber desde niño fue mentir, y aún no se le ha olvidado...

Verdad es que practicándolo á menudo...

Porque decir que supo usted desde niño el lenguaje de todo lo que tiene voz, es una mentira como una loma.

Ni desde niño lo supo, ni aun ahora de viejo lo sabe.

¡El lenguaje de todo lo que tiene voz!...

Con que supiera usted bien el lenguaje de los hombres, se podía usted dar por muy contento.

Pero tampoco lo sabe usted bien, ni con mucho.

«Yo desde niño supe el lenguaje
De cuanto tiene voz y rumor:
El de las brisas en el follaje,
El del arroyo murmurador.»

Nada; no le crean ustedes, no sabe nada de esos lenguajes.

Ni siquiera sabe bien el castellano, que es lo primero que debía saber y que es lo más fácil del mundo.

Y digo que no le sabe bien, porque ningún académico le sabe, y además porque... ya verán ustedes cómo no le sabe.

Lo que hay es que el vate Calcaño había leído aquello de Zorrilla:

«Yo sé lo que el viento
La dice á la nave», etc.,

y se le autojó imitarle y, naturalmente, le imitó sin gracia y sin númen.

Por falta de estas cosas, sigue diciendo:

«Y con los genios de las montañas
Y las nereidas reinas del mar...»

Esto es bastante feo: ne-rei-das-rei...

«Y con los silfos que entre las cañas
Arpas eolias hacen vibrar,
Tuve coloquios, en *confidencia*,
Sobre el misterio de nuestro sér...»

¡Qué tontería!... Aun cuando los hubiera usted tenido, ¡bastante saben los *silfos* y las *nereidas* sobre el misterio de nuestro sér, como usted dice!

Leyendo algo más, se llega á saber que el ripio ese de la *confidencia* tiene por objeto ha-

cer consonante á una *esencia* que hay más abajo, donde dice:

¡Cuál es el *móvil*, cuál es la *esencia*
Que al mundo *rige*, *quise* saber.»

Lo cual también es bastante disparatado, porque los *móviles* no *rigen*, *mueven*; ello mismo lo está diciendo, y no es lo mismo *mover* que *regir*.

Como lo demuestra el mismo vate que mueve la pluma, pero no la *rige*, y por eso le salen despropósitos.

Tampoco las *esencias* tienen por oficio *regir*, precisamente; y tampoco hacen buen efecto los dos verbos *rige* y *quise* juntos y asonantes.

También es feo el verso que sigue:

«Cuál es la *llama* que al *alma* enciende.»

Igualmente son malos estos otros dos versos:

«Cuál es la *sola* llave que *alcanza*
Las *áureas* puertas del cielo á *abrir*.»

Porque el *sola* es un ripio y el *alcanza* es un verbo impropriamente aplicado á la llave, y el *áureas* es otro ripiejo y el *á abrir* es una cosa dura de pronunciar.

Después de haber preguntado el vate todas esas incoherencias á los silfos y á las *ne-rei...das rei...nas*, dice que

«*Amor* á una fue la respuesta.»

Con lo cuál creerán ustedes que le respondieron que amara á una; á una sola mujer...

«Amor á una fue la respuesta.»

Parece que está claro.

Pero se equivocan ustedes, porque lo que el vate ha querido decir, aunque no ha sabido, es que todas las cosas á quienes había preguntado, le respondieron á la una, es decir, unánimes y conformes y á un mismo tiempo: *amor*.

¿Ven ustedes cómo el vate no sabe castellano?

¡Y quería hacer creer que sabía el lenguaje de todo lo que tiene voz!...

«Amor á una fue la respuesta,
Amor dijeron fuentes y mar,
Amor los valles y la floresta,
Amor al viento, se oyó clamar.»

¡Cursi, más que cursi!

En el último verso parece que le mandaron tener amor al viento.

Luego empieza á inventariar las obras del amor, y dice:

«Al arte *infunde* sus formas bellas,
Dicta sus versos al trovador...»

No, pues á ti no te los ha dictado; porque si te los hubiera dictado el amor, tenían que ser mucho mejores... Quien te los ha dictado

es la vanidad, y por eso han salido malos y ridículos.

Y sigue:

«Todo á sus fines *sirve propicio*,
Todo es resorte de su poder;
Y la victoria de *su artificio*
Un alma sola de dos hacer.»

Es imposible expresar la idea de una manera más prosáica y pedestre.

Y luego lo del *artificio*...

¡Pero, hombre! ¡Si el amor no tiene *artificio*! Si donde hay *artificio*, no hay amor verdadero...

¿Usted cree que no hay más que buscar consonantes sin reparar en que sean desatinos?

«Dicen que *entonces* todo se apresta...»

Entonces, ¿cuándo es entonces?... Lo mismo podía usted haber dicho *en ripio*:

«Dicen que *en ripio* todo se apresta,
Con *atavíos de gran primor*,
A hacer solemne la nupcial fiesta
Y el nuevo triunfo del dios Amor.»

¡Qué dios Amor ni qué ocho cuartos!... No hay más Dios que el Dios verdadero.

Y para venir á parar en esa cursilería, ¿puso usted tanto apresto, tan *gran primor* y tantos atavíos, ó tantos ripios?

«Y que llevando faustos mensajes
En pintoresco gentil tropel...»

Versos duros y malos he visto; pero tan malos como éste...

¡Cuidado con «el pintoresco gentil tropel»!
No se puede hacer peor ni adrede.

* * *

Y porque no crean ustedes que solamente los versos de diez sílabas son los que hace mal este Calcaño, les presentaré á ustedes una muestra de cómo hace las redondillas.

Canta á un perro, y empieza:

«Espléndido luce el día,
Es todo en los cielos brillo,
Y en el alegre castillo
Aprestos de montería.»

¡Qué gracioso!...

Como que no hay nada más desgraciado que un soso queriendo hacer gracia.

Otro golpe:

«Suenan la trompa de caza,
Y monteros y ojeadores
Allegan á sus clangores
Sus galgos de noble raza...»

Le obliga el consonante á hacer hidalgos.

Ó, lo que es igual, nobles, á los galgos.

¿Y los clangores?... ¿Qué diremos á Dios de los clangores?...

Después dice que Luelín busca

«A su mastín predilecto...»

¿Mastín?... ¿Pero no habíamos quedado en que eran galgos, y de buena raza por añadidura? ¿Cree el vate que mastín y galgo es todo uno?

«A su mastín predilecto
A quien no ha visto llegar,
Su segundo en el hogar,
Como el primero en su afecto.»

Qué pensamientos tan delicados...
Verdad que tratándose de un perro...

«Con voz y silbos le llama,
Bate mano contra mano...»

En primer lugar será con voces y silbos...
¿Por qué la voz ha de estar en singular y los silbos en plural?...

Porque sólo así cabían ambas cosas en el verso.

Y luego lo de llamar á un perro batiendo mano contra mano, es decir, dando palmadas, también tiene cierta novedad...

¡Como si el perro fuera mozo de café!

No siéndolo, con las palmadas, lo que haría sería escapar asustado.

«Con voz y silbos le llama,
Bate mano contra mano,
Y no acude.—Créolo en vano
(Su paje mayor exclama).»

«Y no acude. Créolo en vano...»

¡Vaya un octosílabo!... Hay que decir *crólo*, para que resulte.

«No sé, señor, que le *pa*za...»

¡Ay qué *gu*aza!...

Dejemos á este vate académico y Calcaño, no sin advertirle que el verbo *pasar* se escribe con *ese*.

* * *

Pero todavía tenemos allá en Venezuela otro Calcaño no menos vate ni menos ripioso que los conocidos, el cual se firma J. B. Calcaño y Paniza.

La composición de este vate... y la llamo así porque de algún modo tenía que llamarla, se titula *Los muertos del mar*, y lleva debajo del título el tema siguiente:

«GISELLA NAZZARI.

Ocultá'os, oh estrellas!
Hora es de las fantasmas.
Ocultá'os, oh estrellas.»

Así, con la firma primero que el texto, lo pone el vate, sin duda por ir contra la costumbre general de poner primero el texto y debajo la firma.

Y también por distinguirse, es de suponer, divide con una coma al revés la palabra ocul-

taos, en la forma que ustedes han visto: *oculta'os*.

¡Y probablemente todo eso lo habrá discutiendo él solo!...

¡Qué cosas discurren algunos Calcaños!

Después de ponernos el tema al revés, era natural que también los versos estuvieran así. Y efectivamente, no puede decirse que estén de otra manera.

Atiendan ustedes, que empieza el vate:

«¡Escucha, escucha el mar!»

Y en efecto... ya no se sabe si quiere decir que el mar escucha, ó si es que manda al lector que escuche, que escuche al mar.

«¡Escucha, escucha el mar!

Lloran los muertos
Que en tierra no tuvieron sepultura.»

Desde luego se nota que los dos primeros rengloncitos del vate no son dos versos, sino dos hemistiquios de un solo endecasílabo.

Pero el vate los escribe como si fueran dos versos, y ¿qué le vamos á hacer al vate?

Hay que dejarle que siga á su modo.

«Las espesas tinieblas
Rasga de cuando en cuando
Rápido resplandor... (Y va de *eres*.)
Y los muertos, entonces,
Que reposan soñando,
Se elevan por las rocas lentamente
Y quédanse escuchando...»

¡Qué monada!

Parece que se les está viendo materialmente á los muertos subir por las rocas y quedarse escuchando... al vate.

El cual vuelve inmediatamente á las andadas, diciendo:

«Oye el llanto del mar:
Una elegía...»

Todo lo que constituye un solo verso endecasílabo, aunque lo escriba en dos el vate.

«Tranquila á veces, llena de suspiros,
A veces un aullido de amargura...»

¡Es claro! Andando por allí cerca el vate, no podía menos de sonar algún aullido que otro.

«...Una elegía
Tranquila á veces, llena de *suspiros*,
Á veces un aullido de amargura;
Y sollozos tremendos y *delirios*...»

Que no son consonante de *suspiros*, á no ser que el vate quiera que digamos *deliros*... ó *suspiros*.

«Y sollozos tremendos y suspiros
Y risas de locura...»

Después de esas risas de locura, dice que

«Los muertos fijan su mirada *inmota*...»

Y si es *inmota*, ¿cómo la fijan? ¿Cómo la mueven para fijarla?...

Pero el vate vuelve á su rara puntuación del tema, y escribe:

«Cre'en que al corazón *a'un* lo inflaman...»

—¿.....?

¿Que si está loco el vate, me preguntan ustedes?... Loco precisamente, yo creo que no. Será un vanidoso extravagante que quiere distinguirse; y como no tiene condiciones para distinguirse por bien, se distingue haciendo bobadas.

O poniendo comitas pico abajo...

O haciendo versos tan malos como este:

«Y ahí en vuestras rocas *reposad*...»

Bueno; y que repose también en su roca ó en su tontería este tercer vate Calcaño.

CONTESTACIÓN

AL SR. D. RAMÓN O. MUELA,

en Méjico.

Madrid, 2 de Diciembre de 1902.

Muy señor mío: Estoy en deuda con usted, y voy á empezar á pagársela.

El periódico de ahí titulado *Diario del Hogar*, en su número correspondiente al día 5 de Agosto de 1897, me trajo á Pedrosa una carta de usted, en la cual amistosamente me requería para que le diera mi parecer sobre determinado asunto literario.

Según la iba leyendo, y por cierto con gran deleite, pues, salvo las frases que tenía de elogio paaa mí, era una carta bien pensada y bien escrita, razonada, juiciosa, amena, erudita, sobriamente erudita, en fin, lo que se llama una hermosa carta, iba pensando en

contestarle á usted en seguida, no con publicidad, sino particularmente, dándole la razón en todo; pero al llegar cerca del fin, me encontré con este párrafo:

«Dispóngome á poner punto final en esta carta, señor de Valbuena; pero antes rendidamente le ruego á usted se sirva darme su respetable opinión..., la que no estaría fuera de lugar en el cuarto *Montón* de RIPIOS ULTRAMARINOS, que supongo prepara usted.»

Me gustó la idea, y en vez de contestarle inmediatamente, hice propósito de complacerle á usted contestándole, según su indicación, en este libro.

Comenzaba usted recordándome el respetuoso vapuleo del señor Obispo de Linares, é invocando mi rectitud de juicio y mi amor á la justicia, de esta manera:

«En los *Ripios Ultramarinos* (montón segundo) dedicó usted tres artículos á *Ipandro Acaico*, ó sea al Sr. D. Ignacio Montes de Oca; tres artículos que bien pueden llamarse tres vapuleos de mano maestra. *Urbi et Orbi*, demostró usted al arcade de nuevo cuño que no es poeta, que sus versos son, si algunos pasaderos, otros, la mayor parte, malísimos, y que además de carecer de estro, no pocas veces anda á la greña con la gramática.

»Cazó usted entonces, señor de Valbuena, en vastísimo campo, y enderezó usted tremenda filípica al autor de los *Ocios* dedicados

al Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, que al decir de usted, como poeta es *ejusdem furfuris et farinæ* que *Ipandro Acaico*. Y aún hizo usted más: con sobra de razón censuró á un Obispo que pasara sus ocios en escribir chavacanas composiciones, pudiendo, ó mejor dicho, debiendo dedicarlos á la instrucción de la grey que le está encomendada, en realzar las múltiples bellezas de la religión católica, etcétera, etc....

.....

»A usted le hablaba la razón cuando criticó tan acerbamente al Obispo Montes de Oca, y por lo mismo fue usted no sólo leído, sino aplaudido. Todos los de por acá convinimos en la justicia con que la respetable persona que enseñó á usted teología exclamara, después de haber oído algunos versos de *Ipandro Acaico*:

—«Yo le suspendía.»

»Estoy perfectamente seguro, señor de Valbuena, de que usted no es de los jueces que tienen dos pesos y dos medidas; de que la justicia está arraigada en su corazón, y sin ver pelo ni tamaño, como dice el vulgo, censura usted lo mismo al mitrado que al patrioterito, al mejicano que al hijo de Cuba, al Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas, que al Oficial mayor de la Secretaría de Gobernación, Policía y Fomento de Costa Rica, don qué sé yo qué Alfaro. Juzgar

á usted de otro modo sería ofenderle, y lejos de mí tal pensamiento.»

.....

Esa es la verdad, Sr. Muela; cuanto usted dice de mi imparcialidad é independencia en el juzgar, es cierto, y en decirlo no me hace más que justicia, que le agradezco á usted mucho sin embargo, porque hasta la justicia es de agradecer en estos tiempos.

También es verdad que estoy conforme con todas las apreciaciones de la carta de usted, ó con casi todas... Si acaso, me permitiría templar un poco el rigor de aquel párrafo en que parece que veda usted toda distracción á quien se halla constituido en cierto elevadísimo puesto; pero en todo lo demás estoy conforme.

«¿Qué juzga usted, señor de Valbuena?...» — me pregunta usted en un párrafo. — Pues juzgo lo mismo que usted, exactamente lo mismo.

«¿Qué diría usted—me pregunta más adelante— si á su noticia llegara que nuestro Presidente...?» — No siga usted. Diría eso mismo que usted supone; esas mismas palabras que usted se figura oirme; porque repito que en todo lo esencial estoy con usted completamente de acuerdo.

Tanto que, contando con que para estas fechas habría ya sucedido una cosa que era muy natural que sucediese, pensaba repro-

ducir aquí su carta toda, poner debajo mi conformidad y presentar á continuación las pruebas de la rectitud de los juicios de usted, que ya son también míos.

Pero como aquel suceso no ha llegado, aun cuando no faltaría en nada á la justicia llevando á cabo mi propósito, la caridad me induce á suspender su ejecución por ahora, para no amargar los días de un anciano.

En otra edición, si Dios me da vida para hacerla y el motivo de caridad ha desaparecido, realizaré mi pensamiento.

En tanto y siempre, Sr. Muela, queda de usted afectísimo amigo, q. b. s. m.—*Antonio de Valbuena.*

FIN